

# Invisible

Por: Aguiluz

## I. ¿Culpables?

No vamos a culpar a nadie de tu desventura porque, siendo sinceros, pensar en culpas nos llevaría a cualquier parte, incluso a ti misma, a tus autosabotajes. Eres invisible. Y cuando digo invisible no me refiero a trucos ni a esoterismos. Hablo de todos esos ojos que se posan en ti y que, sin embargo, eligen no verte. ¿Te has dado cuenta de lo fácil que puedes borrararte de la mirada de los otros? Pasas desapercibida: sólo una cabeza más. Poco a poco te has hecho transparente. No atraviesas muros, como los fantasmas, pero recorres los recuerdos y nunca permaneces en ninguno. Eres olvido.

## II. Una equis (“X”)

¡A cuántas mujeres se les ha arrancado el derecho de sonreír! ¿Recuerdas a Magdalena, a Regina, a Paz? Tres verdaderas tragedias. Desde niñas asediadas por la violencia del puño y la cachetada, por esos caníbales de la dignidad a los que sólo les faltó arrancarles la carne para devorarlas por completo. Estaban tan cerca del precipicio, en un espectáculo de dolor público que las catapultó a la conciencia de los espectadores y los contagió de culpa. Su grito resonaba. Tuvieron que ser oídas, rescatadas, o al menos reubicadas en un nuevo dolor menos lastimero y más pudoroso. Les llamaron “las víctimas”.

En cambio tú... Tú duermes en una cama e incluso puedes cambiar tus sábanas sucias cada quincena sin tener que por eso entregar tu sexo o lavar cualquier cantidad de prendas ajenas antes de las tuyas. Jamás has sabido lo que significa ser esclava. Infinita forastera. Luz silenciosa. Qué lejana suena para ti la idea de permanecer atada a alguien, en algún lugar. Tu historia es, como alguna vez te dijo aquella trabajadora social, “normal”. Sin moretones ¿acaso puedes exigir la salvación?

En la prepa, recuerdas, nadie te molestaba. No eras la típica gordita *bulleada*. Entre la lotería de apodos que se reparten para exaltar las narices, los lunares, los cabellos defectuosos, jamás alguien intentó elegirte un nuevo nombre. Conservas esa foto de la generación. ¿Qué podrán decir los demás de ti cuando te encuentren, diez años después, retratada entre “La Trucha” y “La Loca”? *Eeequis. Ha de ser del otro salón.* Pero mira –repararán–: ésa es La Trucha, tan flaca y ojona como siempre.

### **III. El autosabotaje**

Estabas sentada frente al puesto de dulces que atiendes. ¿Recuerdas? Una pareja de amantes se acercó. No te saludaron. Hablaban entre sí. Cada quién tomó un cigarrillo y recíprocamente los encendieron. Juntaron diez pesos y, sin dejar de conversar entre ellos, te los entregaron. Ningún “gracias”, ningún “hasta luego”. Al instante se marcharon.

En esos treinta segundos de vida pudiste ver tu invisibilidad sucediendo. Los enamorados –descorteses si se quiere– habían elegido no verte. Era tanta su sed de seguir existiendo en el diálogo de sus ojos que no había espacio para ti. Pero

tú –óyeme bien– estuviste de acuerdo. ¿Hiciste algo para que no fuera así? Cómplice y no víctima. Tú, seamos sensatas, tampoco querías existir para ellos. Te conformaste con el papel sombrío de recibir unas monedas de la misma manera en que las habría recibido cualquiera de esas máquinas expendedoras de refresco que suele haber en los hospitales.

#### **IV. Gritar desde dentro**

Fueron los compradores de cigarrillos, los parientes lejanos, los conocidos cada vez más desconocidos, los compañeros de la preparatoria. Una cadena de olvidos que te condujo a aceptar la soledad. Y a perder el ánimo: cualquier deseo de combinar el tono de la blusa con las medias, de despuntarte el cabello, de maquillarte. Rostro sin color y sin gesto. Transparente.

La casa: una guarida. El refugio ideal para prolongar el silencio. Para reducir a cero, a verdaderamente cero, el contacto visual con la humanidad. Para hacer más hondo el hueco de la cama donde, inmóvil, te obligas a dormir...

Te obligas a dormir...

Te obligas a dormir...

Te obligas a dormir...

¿No lo entiendes? Esto es un secuestro. Alguien te fuerza a hacer algo que no quieres, que ya no puedes continuar. Tienes que escapar, tienes que huir. ¡Grita!

## V. Alguien ahí

Nadie va pensar que la tuya es una tragedia como la de Magdalena, Regina o Paz. Jamás los policías entrarán a rescatarte de las ataduras que te mantienen ahí. Porque ciertamente no es tu caso. No a ese nivel. El verdugo de ellas nunca estuvo en su propio cuerpo. ¿Te das cuenta?

Pero, siendo así, ¿quién puede ayudarte? ¿Quién luchará contra esa parte de ti que te hunde cada vez más en la nostalgia? Sigues gritando. Imploras. ¿Por qué nadie llega? ¿Por qué no existe un operativo especial contra el delito de la infelicidad?

Y en el grito más fuerte, un grito de súplica que desgarrar tu voz interior, te das cuenta de que nadie entrará por la puerta para rescatarte. Es lógico: si no pueden verte, no pueden ayudarte. Si no existes, ¿cómo podrían siquiera preocuparse por tí? A menos que...

... ¡Espera! ¡Hay alguien!

Sí: hay alguien.

Grita otra vez. Más fuerte. Percibe ese eco a lo lejos. ¿Ya viene por tí? Quizás. Vuelve a gritar. ¿Se está acercando? Eso parece. Una vez más. Otra. Otra. Otra. ¿Te escuchas? ¡¡Sí!! ¿Lo notas?: ¡Eres tú! Eres tú escuchándote. Acabas de llegar a rescatarte.

Este rescate, sin embargo, no será como los otros. No hay patrullas ni pistolas ni oficiales. Porque no se trata de sacarte de un cuarto con candados de fierro, sino de ese hoyo interno que te hace miserable e invisible.

Toma mis ojos: colorea una mirada.

Sostén mis labios: moldea una sonrisa ligera.

Enjuaga mi cara: limpia los temores que me hacen mirar al suelo.

Escucha bien: Mañana vas a peinarte. Vas a combinar el color de tu blusa con las medias. Vas a maquillarte con tus mejores pinturas. Harás que cada cliente de tu puesto de dulces sepa quién eres. O al menos eso intentarás. Y tal vez en algunos meses, cuando menos lo esperes, te darás cuenta de que has logrado quedarte en la memoria de alguien. Alguien pronunciará tu nombre, soñará con tu rostro. ¿Puedes verlo? Nunca fuiste invisible. Nunca estuviste destinada al olvido. Sólo hacía falta que alguien escuchara tus gritos, que alguien estuviera dispuesto a conversar, y ese alguien, déjame decirte, resultaste ser tú.